



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C.

Estante:

001

Numero:

081 (12)

Alvarez

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

ORACION INAUGURAL
QUE EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO LITERARIO

DIJO

EL DIA 2 DE NOVIEMBRE DE 1844,

en el Teatro de la Universidad

de *Huesca*

D. PASCUAL GONZALBO, PRESBITERO,
 Doctor en sagrada Teología, Licenciado en
 Jurisprudencia, Examinador sinodal
 del Obispado de Huesca, y Ca-
 tedrático de Filosofía.



HUESCA

HUESCA: Imp. de la V. de Larumbe.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C.

Estante:

001

Numero:

081 (12)

Wilson

ORACION INAUGURAL
QUE EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO LITERARIO

DIJO

EL DIA 2 DE NOVIEMBRE DE 1844,

en el Teatro de la Universidad

de **Huesca**

D. PASCUAL GONZALBO, PRESBITERO,
*Doctor en sagrada Teología, Licenciado en
 Jurisprudencia, Examinador sinodal
 del Obispado de Huesca, y Ca-
 tedrático de Filosofía,*



HUESCA

HUESCA: Imp. de la V. de Larumbe.

SEÑORES,

Cuando en otros años os he hablado en la lengua de los Hortensios y Cicerones, ¿no será justo que en éste os hable en nuestro propio idioma? Digna es ciertamente de ser cultivada, digna de nuestra veneracion esa lengua que nos ha comunicado las ciencias y las letras, esa lengua á quien la nuestra reconoce por madre, esa lengua que ha sostenido por tantos siglos su imperio, y un imperio absoluto, en nuestras escuelas; pero cuando las naciones mas ilustradas miran como hasta depresivo de su gloria el espresar sus ideas en otro idioma que no sea el suyo, y cuando ya en España se han emancipado sus establecimientos literarios del idioma latino, no seré yo el que no haga al nuestro el honor de poder presentarse ante este auditorio tan respetable por su ilustracion y sabiduría, y en un dia tan señalado en que damos principio al curso literario. Lo que me acobarda es el conocimiento de mi insuficiencia para espresarme con la pureza y elegancia de los Cervantes y Marianas, que manejaron con tanta maestría nuestro idioma; pero al mismo tiempo me alientan la benevolencia conque siempre habeis escuchado mis palabras, y la indul-



gencia con que siempre habeis disimulado mis defectos.

En esta confianza, á vosotros ó jóvenes que os dedicais al estudio deseosos de adquirir las ciencias, á vosotros dirigiré con particularidad mis palabras; pues vosotros sois, por quienes hoy se han abierto las puertas del templo de Minerva. ¿Y de qué os podré hablar que os sea mas util que del estudio de la elocuencia, ó sea, del arte de bien hablar? Si deseais ser útiles á la Patria, si aspirais á ser un dia ministros de nuestra divina Religion, si germina en vuestros corazones la noble ambicion de adquirir nombre en el Parlamento, si no quereis vivir en la obscuridad, preciso es que os dediqueis al estudio de la elocuencia.

Dos cosas, señores, hay admirables en el hombre, la inteligencia y la palabra. Con su inteligencia investiga los arcanos de la naturaleza, recorre la inmensidad del espacio, vuela hasta los cielos, baja á los abismos, penetra en las entrañas de la tierra, medita, reflexiona, compara, juzga, discurre, recuerda lo pasado, contempla lo presente, y congetura el porvenir: mas todo esto, ¿qué seria si quedase encerrado en la mente? Un tesoro escondido, y por lo mismo inútil. No es pues sola la inteligencia lo que constituye la dignidad del hombre, y lo que le da la superioridad sobre todos los animales, y sobre todas las criaturas del Universo, lo es tambien la palabra: y si apenas merece llamarse hombre el que no cultiva su entendimiento,

Y procura adquirir aquel grado de ilustracion que le es necesaria para el buen desempeño de sus deberes; ¿no deberán considerarse como mudos simulaeros humanos los que no perdonando ni gastos ni fatigas por adquirir las ciencias, descuidan el estudio de la elocuencia, sin cuya luz no pueden brillar por grandes que sean sus talentos?

De nada sirve el saber si no se comunica, así como de nada sirven los mas preciosos metales, mientras permanecen encerrados en las entrañas de la tierra. Bien podreis pues, ó estudiosos jóvenes, bien podreis á fuerza de talento y de estudio llegar á lo mas sublime de las ciencias exactas, conocer las leyes á que obedecen los seres que componen el Universo, é investigar por medio del analisis la composicion y naturaleza de los cuerpos: bien podreis comprehender lo que es el hombre, cuáles son las leyes que le impuso el divino Hacedor, y cuáles los deberes que tiene que cumplir para ser feliz: bien podreis igualar en el saber á nuestros mas célebres jurisconsultos; bien podreis en fin en la ciencia de Dios no perder de vista en su súblime y rápido vuelo al águila de la Teología; que bien poco os aprovecharán tan grandes riquezas de doctrina, si no poseeis el arte de bien decir. Vosotros sabreis, pero no podreis comunicar con fruto vuestros conocimientos; y no habreis hecho otra cosa que lo que hace el que habiendo reunido preciosos materiales, no sabe colocarlos con el orden y ele-

gancia que exige el edificio, que intentaba levantar.

Entended, ó jóvenes, que los hombres no tanto atendemos á lo que se nos dice, como al modo con que se nos dice: lo cual podrá no ser justo, pero es exacto. ¿Cuántas veces en efecto no se nos caen de las manos aquellos escritos, que siquiera contengan cosas grandes, no tienen la fluidez y el ornato que debieran tener para escitarnos á su lectura? El escrito, decia Ciceron, que no deleita, fastidia. Por esto Horacio en su célebre carta á los Pisones decia, que las composiciones para que interesen, deben reunir la utilidad y el placer. Y á la verdad si en los productos de la industria se procura con tanto esmero su belleza, ¿no deberá procurarse con mas razon el ornato en las producciones literarias? Cuando se fabrica un templo, un palacio, un edificio cualquiera, ¿no procura el arquitecto dar á su obra todo el esplendor que le corresponde? cuando se construye una nave ¿se atiende solo á que resista á los vientos y tempestades? ¿no se atiende tambien á la belleza de su forma, á la brillantez y magnificencia de sus adornos? en el vestido ¿se busca acaso tan solamente el abrigo? que responde la moda con la inmensa y caprichosa variedad de sus trages. En las mismas armas ¿no se busca su brillo tanto como su buen temple? Pues si en todas las cosas no solo se busca la utilidad sino la brillantez, ¿podreis creer que en las producciones literarias no es necesaria

la elegancia y á las veces la sublimidad del estilo?

Bien conocieron esta necesidad los antiguos griegos y romanos, y atentos no solo á las cosas sino tambien á las palabras, al mismo tiempo que se dedicaban á la Filosofía, á la Jurisprudencia, á la Medicina, y á las demas ciencias, hacian un estudio esmerado de su propio idioma, y del arte de bien decir. ¿Traheré á la memoria en confirmacion de esta verdad á un Platon, al sapientísimo Platon, á quien Panecio solía llamar el Homero de los filósofos? este hombre tan admirable por la profundidad de su talento, por la fecundidad de su ingenio, y por la vasta estension de sus conocimientos, creyó tan necesario el estudio de la elocuencia, que escribió sobre ella los mas elegantes comentarios. ¿Recordaré á Aristóteles, á quien Ciceron llama rio de oro por su elocuencia? este príncipe de los literatos ponía un sumo cuidado en instruir á sus discípulos en el arte de bien decir, porque entendía que la doctrina por sí sola servía de muy poco, al paso que no habia cosa mas admirable, ni que diese mas esplendor que la doctrina acompañada de la elocuencia. Pero cuando se habla de los griegos en materia de elocuencia, ¿quién no advierte que se eclipsa la gloria de los mas ilustres literatos en presencia de Demosthenes? ¡Con qué esmero cultivó este varon esclarecido el arte de bien hablar! ¡y cuánto trabajó por adquirir una pronunciacion espedita con aque-

llas inflexiones de voz que son tan necesarias para espresar y para inspirar los afectos! ¿Haré mencion entre los latinos de L. Craso, de Q. Escevola, de Ser. Sulpicio, de Lucilio Balbo, de C. Aquilio, y de otros esclarecidos varones que unieron al estudio del derecho civil el de las bellas letras, persuadidos de que no podian ser buenos jurisconsultos sin ser elocuentes? Pero baste nombrar por todos á Ciceron, acabado modelo de doctrina y de la mas brillante elocuencia. Despues de haber estudiado la Oratoria, y antes de poner en práctica sus preceptos, se dedicó todo, dice Quintiliano, al estudio de los escritores griegos, y se los propuso por modelo. Si quereis pues saber lo que consiguió con este estudio, leed sus admirables obras, y le hallareis siempre elocuente; y si con especialidad leeis sus oraciones, admirareis en él la vehemencia de Demosthenes, la facundia de Platon, y la suavidad de Isocrates. Pero quitad á todos estos ilustres literatos la elocuencia, dejadlos solo con su doctrina por inmensa que os la figureis: en tal caso ¿hubiera llegado hasta nosotros su nombre? Ellos hubieran vivido en la obscuridad, y hubieran muerto sin dejar de si ni la menor memoria.

Pues si estos varones tan eminentes se consagraron con tanto ardor al estudio del arte de bien decir, si buscaron la elocuencia con mas afan que el avaro las riquezas, porque conocieron que ella era la que podia dar ho-

nor y gloria al hombre sabio, y que de ella dependia en gran parte el bien de la república; vosotros, ó jóvenes, que aspirais á llegar al templo de la fama por la carrera de las ciencias, ¿menospreciareis su estudio? ¿Pues qué? ¿pensais acaso los que os dedicais al estudio de la Jurisprudencia, que sin poseer el arte de bien hablar podreis llegar á ser buenos abogados? Oid el testimonio, no de un abogado cualquiera, sino de un varon doctísimo, que igualó en gloria á los antiguos jurisconsultos en su elegantísimo tratado del derecho de la guerra y de la paz. En su carta á los franceses les dice el célebre Grocio, que ninguno llegará á ser eminente en la Abogacía, si á su saber no acompaña la elocuencia. ¿Cuál es en efecto el cargo del abogado? ¿no es el hacer valer el derecho de sus clientes? ¿no es el hacer que triunfe la inocencia de sus defendidos? ¿y podrá conseguir tan importantes objetos con solo el estudio del Derecho y de sus sabios Comentadores? ¿no es necesario presentar con toda claridad y energía las razones en que funda la inocencia de su defendido, ó el derecho de su cliente? ¿no es necesario usar de un language puro, correcto y elegante, para ser escuchado con atencion y con gusto, para persuadir á los jueces, y para inclinarlos á su favor? pues ¿á qué os parece que debió Ciceron sus brillantes triunfos en el Senado y en el Foro sino á su sublime y casi divina elocuencia? Si otro abogado



071

menos hábil y elocuente hubiera defendido á Q. Ligario, á quien Cesar aborrecia como á su mortal enemigo, sin duda no se hubiera libertado de la pena que en el concepto de Cesar merecia y que estaba resuelto á imponerle por haber seguido el partido de Pompeyo; pero tomó Ciceron á su cargo el defenderle, y su defensa fue tan animada y tan brillante, que comovido Cesar no pudo dejar de perdonarle. ¡Tanto es el poder de la elocuencia! Ella es seguramente la dominadora de los corazones; y sabido es que en el Foro es necesario interesar y persuadir.

Si para desempeñar con lustre y con gloria el cargo de abogado es necesaria la elocuencia; no lo es menos, ó jóvenes que os dedicais al estudio de la Teología, para desempeñar con fruto el sagrado ministerio del Sacerdocio. El sacerdote debe ser la guía del pueblo, debe instruirle en la doctrina de la fé y de las costumbres, debe combatir los vicios y exhortar á la práctica de las virtudes, debe en fin refutar los errores y defender la verdad. ¿Y cómo podrá desempeñar tan altas funciones sin poseer el arte de bien decir? Sin él, por grande que sea su saber, será una luz escondida bajo el celemin, será un perro mudo inútil para la guarda de la casa de Israel. Convencidos de la necesidad de la elocuencia para ser útiles á la Religion ¿con que ahinco se dedicaron á su estudio un Crisóstomo, un Crisólogo, un Nacianceno, y

sin contar otros mil, un Ambrosio, un Gerónimo y un Agustín? Por esto leemos con admiración sus elocuentes escritos, escritos que transmitirán su nombre y su gloria hasta los siglos mas remotos. ¿Y cuántos triunfos no consiguieron para la Religión con su elocuencia? Muchos pudiera referir; pero diré solo, que la conversion de S. Agustín se debió, prescindiendo ahora de los ausilios interiores de la gracia, á la dulce y persuasiva elocuencia de S. Ambrosio.

Tal vez, ó jóvenes sereis llamados con el tiempo á tomar asiento en las Cortes, ó á regir los destinos de la Nacion: y no, no esperéis adquirir gloria en tan elevados cargos, si no habeis estudiado, si no habeis aprendido el arte de hablar con esplendor y con dignidad. Porque ¿qué hareis cuando se traten los negocios mas importantes á la salud pública, cuando se trate de dar leyes á la Nacion, de afianzar el crédito del Estado, de dar un curso espedito á los manantiales de la riqueza pública, de hacer saludables reformas en la administracion, cuando se trate de la guerra y de la paz? Enmudecer sin duda; porque aunque conozcais que es lo mejor en las graves cuestiones que se agiten, os faltará la necesaria facundia para espresar con claridad vuestra opinion, para apoyarla y defenderla con energía, y para persuadir á los demas á que la sigan.

Si quereis pues sacar fruto de vuestros estudios, si deseais ser útiles á la Patria, si os mue-

ve la gloria de tantos célebres jurisconsultos y de tantos elocuentes oradores, como nos presenta la historia de nuestra Literatura, preciso es que os dediqueis al estudio de la elocuencia. Sin su auxilio sereis como los árboles incultrados que no dan sino frutos mezquinos y desahucados; sin su auxilio todo vuestro saber será como el diamante que no brilla por falta de pulimento; sin su auxilio sereis pobres por grande que sea el caudal de vuestros conocimientos, porque solo es rico en el saber el que sabe comunicarle; sin su auxilio en fin vivireis en la obscuridad. Dedicad pues con ardor y con teson al estudio de la elocuencia: leed noche y dia, como aconsejaba Horacio, los célebres escritores griegos; no dejes de la mano los latinos, y sobre todo haced un estudio profundo de Ciceron, á quien Lactancio llama perfecto orador y sumo filósofo, y S. Gerónimo rio de elocuencia. En él hallareis como dice Quintiliano, todas las bellezas que se ven esparcidas en los demas oradores, la sublimidad de Sulpicio, la vehemencia de Antonio, la suavidad de Catulo, la propiedad de Cotta, y el estilo florido de Hortensio. Sea vuestro modelo este príncipe de la elocuencia romana; y yo espero que llegará el dia en que seais el lustre y el ornamento de la Patria.



